

CAPITULO CCXI.

Entusiasmo de Cataluña.—Preparativos de defensa.—Pide auxilios á los franceses.—El marques de los Velez llega á Zaragoza.
Imprevision de los ministros reales.—Inútiles tentativas de acomodamiento.—Defecion de la plaza de Tortosa.

TODA Cataluña sufría y toda también había agotado los últimos recursos del sufrimiento, así que no es mucho oyese con aplauso y entusiasmo la opinion del diputado Claris, que era la traducción del sentimiento de toda la provincia, único medio de salud para la vejada y afligida patria, y, tomada en consideración, se hizo una consulta al clero que fué contestada con aprobación completa.

Cumpliendo las tres condiciones que los padres de la Iglesia exigen para la guerra, aconsejó aquél que se tomasen las armas para repeler la fuerza con la fuerza.

No sale ya el grito de guerra de las masas del populacho, no es la descompasada y desautorizada voz de los revoltosos, no la emoción de las iras del bandolerismo ni la efervescencia de las pasiones lo que ahora se levanta, es el justo clamor de la autoridad legalmente constituida, que después de madura y reflexiva deliberación se levanta publicando un bando en que dice *ser preciso tomar las armas en defensa de su Dios, de la conservación de sus honras y vidas y del mantenimiento de sus derechos y libertades.*

Llaman las Cortes al combate, que era el mayor de los argumentos que en aquellos tiempos podían excitar el entusiasmo de pueblos religiosos y libres, y nadie permanece tranquilo en su hogar al oírse llamar en nombre de Dios á la defensa de los privilegios que el mismo Rey juró observar, faltando después á su juramento. Cuando un sacerdote bendice con el crucifijo en la mano las huestes que van al combate entra el ardor en los corazones más libres, é infunde mayor aliento que la proclama más patriótica.

Pretende en vano el Rey contener la actitud hostil con que le esperan los catalanes, diciéndoles que va á celebrar Cortes; éstos saben demasiado cual es la intención que le trae, y le contestan con la sequedad de su carácter, aumentada con la reconcentrada ira que las pasadas felonías le han inspirado y que las Cortes han reprobado. Presentarse el Monarca con fuerza armada es contra fuero; los congresos deben emitir su voto con libertad, y mal podrán hacerlo en presencia de un ejército habituado á mortificar é invadir el respeto debido al hogar y al sagrado del templo; y finalmente, decían lo mismo las Cortes que el pueblo, «si necesita fuerza que le guarde y mantenga el aparato real, milicias tiene la provincia que le darán, como supieron en otra ocasión darle, inequívocas pruebas de lealtad y abnegación.»

«El ejército, contesta D. Felipe, lo traigo para castigar á los malvados y amparar á los inocentes.» «Para hacer justicia, tenemos en nuestra casa, le replican, vengadores que la administran y ministros reales y otros magistrados que han sabido contener los excesos y los contendrán cuantas veces ocurra; que poner en manos de las personas que tanto mal ocasionaron la balanza de la justicia será preparar nuevos vejámenes y exponer á una provincia que es la llave de la monarquía á su total ruina.»

Mientras estas contestaciones tienen lugar, preparan los catalanes á la defensa; fortifican á Cambrils, Bellpuig, Granollers y Figueras; distribuyen sus vequerías en tercios distintos; declaran plazas de armas las anteriores poblaciones, y fortifican casi todas las demas; alistan gentes, nombran oficiales, y asume la Diputación el mando supremo.

Esta corporación comprende, sin embargo, que necesita mayores fuerzas para resistir con las armas á Felipe, y acuerda acogerse al amparo y defensa del rey de Francia, que lo era á la sazón, Luis XIII el Justo, cuyas victorias recientes sobre las tropas españolas son una garantía de feliz y seguro resultado. Alguna excusa merece ésta que parece alianza contra la madre patria, por el difícil estado que alligó al Principado, del que se aprovechó el cardenal Richelieu para atizar el fuego de las discusiones intestinas del enemigo que más en peligro ponía á Francia; política vieja ya, pero de seguros resultados.

En consecuencia, la Diputación envió de embajador á la corte francesa, á D. Francisco Vilaplana, caballero de Perpiñan, que no tardó en volver acompañado de Mr. de Serignan, mariscal de campo, y de Mr. de Plessis Besançon, sargento mayor, con poderes bastantes de su Rey.

Conviniere que el Principado pagaría todos los gastos de seis mil infantes y dos mil caballos, que Francia enviaría; que la provincia haría todo el esfuerzo posible por arrojar de ella las armas castellanas; que Luis XIII enviaría los oficiales que le pidiera la Diputación; que mientras durase la sublevación, las armas francesas no ocuparían más plazas que las que tuviesen los castellanos; Cataluña entregaría en rehén tres personas de cada brazo, y las puertas de San Antonio y Nueva de Barcelona, y finalmente, el Principado no haría convenio alguno con la corte de Madrid sin la intervención de Francia.

Inmediatamente, en confirmación del convenio, salieron para Francia los rehenes, que los constituyeron: por el brazo eclesiástico D. Diego Jover, arcediano de la catedral de Barcelona; D. Juan Bautista Vila, canónigo de la misma, y D. Lorenzo de Burutell y Puigmani, canónigo de la Seo de Urgel; por el militar, D. Francisco Amat de Gravalosa, barón de Castellar; D. José de Pons, barón de Revellas, y D. Gerardo Homs; y del brazo real, D. Jaime

Bru, D. Diego Monfar y Sort y D. Dimas Zafont, ciudadanos honrados de Barcelona, quienes marcharon á Francia en el mes de noviembre, donde fueron recibidos con muchos agasajos y festejos; quedando los unos en Tolosa y siguiendo los otros su marcha á Paris.

Los acontecimientos, como se ve, marchaban por el peor camino para el bien de España.

En tanto, llegaba el marques de los Velez á Zaragoza á organizar las fuerzas para entrar en el Principado, pero no lo quiso hacer sin antes probar los medios pacíficos, y en su consecuencia escribió á los catalanes, manifestándoles el grande cariño que les profesaba; dábales á entender que el Rey apartaría los ejércitos de la provincia, si Barcelona se avenía á dejar construir dos fortalezas, una en Monjuich y otra en la casa de la Inquisición, para la seguridad de la capital del Principado, é igualmente que los ejércitos entrasen en Cataluña para restablecer la paz y la justicia.

Estas proposiciones, que dejaban entrever nuevas amarguras y más opresión, fueron rechazadas por los catalanes.

Dispuso asimismo desde Zaragoza el de los Velez las providencias necesarias para el ataque, repitiendo, sin embargo, sus gestiones para evitar la efusión de sangre, impulsando al Conde-duque á enviar á D. Pedro de Aragón, marques de Povar, hijo del duque de Cardona, y á D. Antonio Frances, para que recabaran de las autoridades de Barcelona una paz, cuya falta debía perjudicar en gran manera á la provincia y al reino. Pero los catalanes habían avanzado demasiado para retroceder, y no estaba en su carácter tenaz abandonar el camino una vez emprendido.

Pesaroso ya el favorito de sus actos, que iban á conducir á tan grandes males, pidió al Nuncio apostólico interpusiera su influencia; pero éste esquivó el hacerlo, aparentando, sin embargo, darle gusto.

En esto la ciudad de Tortosa, que había hecho prevenciones para resistir la invasión de las tropas reales, se redujo á la obediencia por la influencia del baile general D. Luis de Monsuar, tomando posesión de ella el maestre de campo D. Fernando Miguel de Tejada, con dos mil infantes y cuatrocientos caballos. Con la posesión de la plaza tenía ya el ejército real franco el paso del Ebro por aquella parte, de suerte que la invasión podía verificarse sin dilación alguna.

Sin embargo, las tropas no pudieron avanzar un paso por la imprevisión de los ministros.

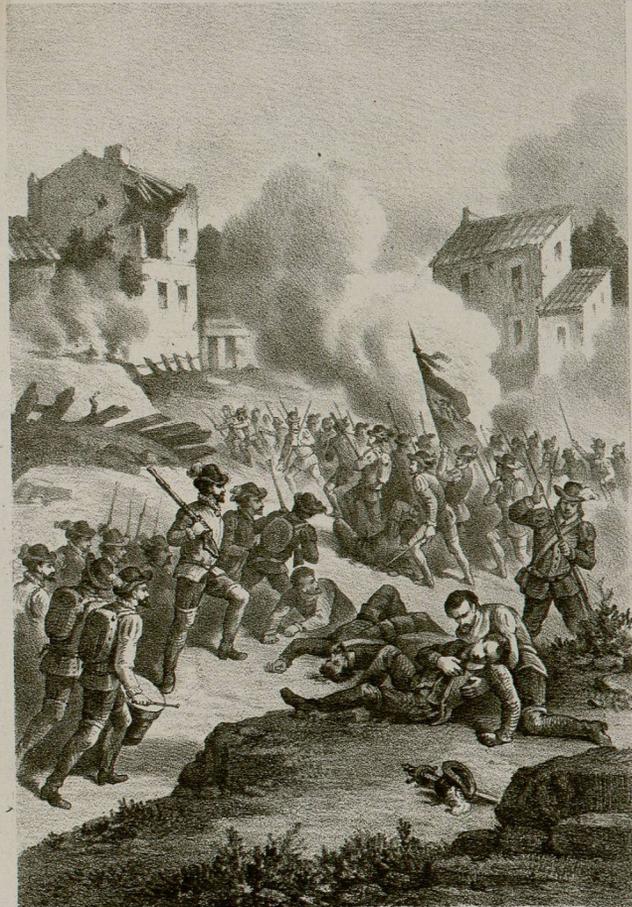
Estos, como si jamás hubieran entendido en negocios de guerra, habían dispuesto soldados y les habían dado los capitanes de mayor renombre, pero no cuidaron de proveerlos de los petrechos necesarios en la guerra; fué necesario construir carros, buscar caballos que no tenían, trayendo mulas de toda España, y aún de Francia; no había artilleros diestros, petarderos, minadores ni condestables; carecían de municiones y de armas, no había, en fin, con qué surtir un parque. Se esperaban unas cosas de Flándes, otras de Inglaterra, otras de Holanda, y debían tardar en llegar más tiempo del que la premura de la guerra exige y podía permitir: mal que ha hecho fracasar muchas empresas en España, porque como dice Gutier Diez de Games en la *Crónica de D. Pedro el Niño*, «los castellanos nunca acuerdan hasta que la cosa es pasada.»

Entre tanto, las tropas castellanas del Rosellon, mandadas por su gobernador militar D. Juan de Garay, atacaban á Illa, lugar de Cerdaña, y eran dos veces rechazadas por el vecindario, ayudado de algunos franceses, animando estos hechos á los catalanes y redundando en desprestigio de las fuerzas reales.

El 8 de octubre, á pesar de la falta de condiciones, salió el marques de los Velez en dirección de Alcañiz, donde le llegaron días después los reales despachos en que era nombrado virey, lugar-teniente, y capitán general de Cataluña.

Dió cuenta á Barcelona de su nombramiento, recibiendo á los veintidos días contestación, en la que se le decía que su entrada era muy peligrosa, tanto con armas como sin ellas; que Cataluña tenía por virey al obispo de Barcelona y que la revocación, sobre inconsecuente, era indecorosa por hacerse sin motivo ni petición de la provincia que le prestaba obediencia; que las ofensas públicas no estaban aún olvidadas; que tan frecuentes cambios de autoridades en tiempos tan revueltos eran temerarios y peligrosos y finalmente, que suplicase al Rey que pensara detenidamente en el bien de la provincia y del reino, que diera tiempo á que los ánimos se calmasen y las cosas tomaran mejor camino.

Tomó el Marques esta contestación por deseo de ganar tiempo para prevenirse, y para no dárselo, salió de Alcañiz hacia Aguaviya, entró en el reino de Valencia, se alojó en Morella, pasó á Trahiguera, y desde allí á Ulldecona, primera población del Principado, donde fué recibido por el baile general, el obispo de Urgel y algunos caballeros catalanes del partido castellano; de allí pasó á los pocos días á Tortosa, donde tomó posesión de sus cargos, prestando el acostumbrado juramento en que prometía guardar los privilegios y libertades del Principado mientras éste siguiera obediente á las órdenes de su Rey; acto ridículo y necia parodia de la solemne jura que para tales casos prescribía el ceremonial.



J. SERRA. II.

LH. VIDAL. Omo 27

COMBATE DE CAMBRILS.

CAPITULO CCXII.

Resolucion de los catalanes.—El marques de los Velez emprende su marcha hacia Barcelona.—Villanía cometida en Cambrils.—
Toma de Tarragona.

DESPUES de la defeccion de Tortosa las tropas catalanas pugnaron por recobrar la plaza, aunque infructuosamente.

El Principado, como fácilmente se comprenderá, no permanecía inactivo; dispuso que el maestre de campo D. Ramon Guimerá, con el tercio de Montblach, fortificase la villa de Cherta y los pasos de Alcover en las orillas del Ebro; que D. José de Biure y de Margarit con el tercio de Villafranca guardase el paso de Tivisa, que es el segundo puesto despues del de Balaguer; que D. Juan Copons, caballero de San Juan, se acantonase en Tivenys con el regimiento de la veguería de Tortosa; todos tres en combinacion para apoyarse mutuamente, teniendo en su auxilio ademas las compañías de *Miqueletes*, tropas ligeras y prácticas en el terreno, sufridos y bravos soldados, aunque poco disciplinados, mandados por los capitanes Cabanyas y Casellas.

Para que el ejemplo de Tortosa no cundiese en perjuicio de todo el Principado, decretó el Consejo de Ciento, en cuanto llegó á su noticia la jura del marques de los Velez y como en respuesta á ella, que en adelante, comprendiendo la ciudad infiel, quedarían segregadas del Principado toda villa ó ciudad que abriese sus puertas á los castellanos, perdiendo los beneficios de los fueros y libertades que se disponía él defender.

Al mismo tiempo que como hombres tomaban disposiciones, como buenos cristianos, ponían su empresa bajo la proteccion y amparo del Dios de justicia, y todas las iglesias de Barcelona celebraban funciones en honor de Jesus Sacramentado, con asistencia de los obispos de la capital, Gerona, Solsona y Vich.

Las tropas de los castellanos expugnaron las fortalezas de Cherta y la villa Tivenys y el paso de Alcover. En la primera santificó la causa que defendían la sangre del caballero catalan D. Ramon de Aguaviva, que fué el primero que murió por la libertad de su patria en esta ocasion.

Se hizo introducir por todo el Principado un bando impreso que prometía perdonar todo delito anterior y hacer justicia, exigiendo que, en cuanto llegase á noticias de los rebeldes, se retirase cada cual, imponiendo al que así no lo hiciere la nota de traidor y la pena de muerte y confiscacion de sus bienes, y á la provincia guerra á sangre y fuego.

Pero la Diputacion, consellers y magistrados, habían avanzado demasiado y aprendido bastante con la defeccion de Tortosa para dejarse sorprender con nuevas defecciones; por consecuencia impidieron todo lo posible la circulacion de tal documento, aunque sus contradicciones casi no merecían que de él se ocupasen personas serias, y ademas publicaron tambien él hicieron circular con más habilidad que sus enemigos, una circular en que ofrecían buena acogida y paga al soldado castellano que se pasase á sus banderas.

Componiase el ejército castellano de veinte y tres mil infantes, tres mil cien caballos, veinte y cuatro piezas de artillería, auxiliares y servidos por un tren de ochocientos carros, con dos mil mulas para arrastrarlos.

Su organizacion era como sigue: nueve regimientos de soldados bisoños entregados á los principales señores de la corte; cuatro tercios de quintos, uno de portugueses, otro de irlandeses, otro de valones, un regimiento de la guardia del Rey, el tercio de Castilla, el de Guipúzcoa, el de las guarniciones portuguesas y algunas compañías de italianos; la caballería se componía de dos grupos generales, uno de todas las órdenes militares de España (excepto las portuguesas), mandado por el general D. Alvaro de Quiñones, siendo comisario general D. Rodrigo de Herrero; el otro se componía de caballería ligera, á las órdenes del duque de San Jorge y D. Felipe Filangieri, asistido por D. Juan de Tarrasa.

El día 7 de diciembre de 1640, mes fatal para España, pues el día 1.º se había perdido Portugal, emprendió la marcha el ejército castellano, pudiendo decirse que desde este momento perdió tambien Felipe el Principado.

Los primeros pasos de este ejército fueron de triunfo en triunfo, pues ganó el collado de Balaguer en que los catalanes tenían gran confianza y tomó el Hospitalet.

Se entregó sin resistencia la villa de Cambrils, fiada en la magnanimidad del enemigo, que obró con ella de un modo indisculpable, diciendo respecto á este particular el historiador Lafuente lo que sigue:

«Dirigióse el marques de los Velez á atacar á Cambrils, pequeña villa en la costa del mar, defendida sólo por unas viejas murallas, donde le dijeron haberse recogido los catalanes con objeto de estorbar la marcha del ejército real, por lo ménos hasta dar tiempo á la Diputacion para hacer sus levas y poner en estado de defensa las demas ciudades. Lo que hicieron los de Cambrils, aunque gente colecticia, sin jefe ni plan, sin regularidad y sin orden, fué admirable, y dió que hacer á todo el ejército, que se vió en el mayor apuro por falta de provisiones. En uno de los ataques fué herido el marques de los Velez, y tuvieronle todos por muerto al verle caer en tierra con su caballo. Pero reanimáronse pronto cuando le vieron levantarse y montar otro caballo con semblante sereno. Hubo muchos combates, y mediaron muchos tratos y negociaciones con los de la villa como si fuese una plaza fuerte, y al fin se

rindió por capitulacion, si bien, como gente poco práctica en estas formalidades, ni hicieron escrituras, ni otra ceremonia alguna, sino prometer de palabra que se entregarían al marques de los Velez, esperando que los trataría con clemencia y benignidad.

«Al salir de la villa los vencidos, sucedió una horrorosa tragedia. Abusando los soldados de su posicion, se empeñaban en desbaliar á aquellos infelices, sufríanlos unos, resistían de la manera que podían otros. Uno de ellos, al querer un soldado arrebatarle la capa gascona que llevaba encima, dió una cuchillada al atrevido robador; sacaron las espadas los compañeros de éste para castigar al catalan; al ver esta actitud de la tropa huyeron los demas desparvoridos; dióse el grito de ¡traicion! y á este grito sucedió el desorden más espantoso, y al desorden una horrible matanza, en que se degollaban unos á otros sin saber por qué. Hé aquí las vigorosas frases con que el elocuente historiador de aquella guerra describe esta catástrofe: «Todos, dice, gritaban traicion, cada uno con la espada contra sí, y no fiaba de otro, ni se le acercaba sino cautelosamente: no se oían sino quejas, voces y llantos de los que sin razon se veían despedazar; no se miraban sino cabezas partidas, brazos rotos, entrañas palpitantes; todo el suelo era sangre, todo el aire clamores; lo que se escuchaba ruido, lo que se advertía confusion; la lástima andaba mezclada con el furor, todos mataban, todos se compadecían, ninguno sabía detenerse. Acudieron los cabos y oficiales al remedio, y aunque prontamente para la obligacion, ya tarde para el daño, que yacían degollados en poco espacio de campaña casi en un instante más de setecientos hombres, dándole un miserable espectáculo á los ojos.»

«No correspondió tampoco el Marques á las esperanzas de los vencidos, ni de benigno é indulgente se acreditó en aquella ocasion; puesto que aquella misma tarde, mandó formar proceso al baile, á los jurados y á los capitanes Rocafort, Vilosa y Bertrola, sin hacerles cargos ni permitirles defensa, y se los condenó á muerte. La ejecucion se hizo de noche y en secreto, y á la mañana siguiente amanecieron colgados en las almenas, con todas sus insignias militares y civiles. Catalanes y castellanos, paisanos y ejército, á todos causó enojo é indignacion el suplicio de aquellos infelices. Todos vieron en esta ocasion una crueldad inmerecida y una violacion del tratado. Los hombres conocedores del carácter de los catalanes discurren que semejante inhumanidad con unos hombres que al fin habían capitulado despues de una defensa heroica contra todo un ejército, lejos de contribuir á terminar la guerra, como á algunos les parecía, había de excitar el furor y la desesperacion de sus compatriotas, y que la sangre vertida en Cambrils había de costar arroyos de sangre castellana.»

Despues fueron tomados los pueblos de Monroig, Alcover, la Selva y otros lugares inmediatos, logrando, lo que quizá no esperaban con tanta facilidad, reducir por temor á Reus.

Perdido el collado de Balaguer hubieron de poner los catalanes sus esperanzas en otro punto fuerte, que pudiera calmar los temores de la capital y detener el empuje de las tropas reales, y eligieron para ello la importante plaza de Tarragona.

Con tal objeto llamaron á toda prisa los catalanes á las tropas francesas, que debía conducir en su defensa Mr. Epernan, quien llegó á los pocos días, y seguido despues por el grueso de la fuerza, marchó á Tarragona, cuya poblacion cobró grande ánimo, haciendo cuanto podía para allegar todos los recursos necesarios á la resistencia y aumentar el que traían los barceloneses con sus gremios y tercios.

Atacada al fin por el ejército real, y ocupadas Vilaseca y Salou, obligó el de los Velez á los franceses á aceptar un convenio por el cual salían libremente de la plaza con la precisa condicion de alejarse del Principado para no volver á él.

Pedro Juan Rosell, que mandaba las fuerzas catalanas, no quiso sujetarse á condiciones tan humillantes y huyó de la plaza con su tercio y la bandera de santa Eulalia, al mismo tiempo precisamente que el marques de los Velez al frente de las tropas penetraba en la ciudad que tan mal había defendido el general frances.

No tardaron mucho en aparecer en el puerto las galeras de España y de Génova, á la par que los bergantines mallorquines, y su vista llenó de entusiasmo al ejército real, que se creía tener ya segura la reduccion del Principado.

Pero no había de tardar en salir de su error, como tendremos ocasion de ver más adelante.

Como generalmente sucede, la próspera fortuna infundió mayores bríos á los soldados, y como á la conquista de Tarragona siguióse la posesion de Villafranca y San Saturnino de Noya, todo eran glorias en el ejército real, que creía no tropezar ya con grandes obstáculos.

Sin embargo, la pequeña yilla de Martorell se les opuso, pero bien cara pagó su decision.

Barcelona había hecho grandes esfuerzos para impedir allí el paso de los castellanos, mas éstos, en vez de apreciar el valor en el enemigo y respetarle en su derrota, cebáronse en la desgraciada poblacion cuando llegaron á posesionarse de ella, reproduciendo de una manera horrible las sangrientas escenas de Cambrils.



DOÑA MARGARITA DE SABOYA.

J. SERRA LP.

LIT. VIDAL, Dmo. 27

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26